



CAPITULO XXV.

El nuevo guerrillero.

LA pequeña guerrilla organizada en Santa Ana Acatlán por el joven dependiente, fué escoltando á los Supremos Poderes hasta Sayula, en donde se habían reunido ya algunas fuerzas liberales en torno del gobierno de Oga-zón, así como de los generales Degollado, Rocha, Contre-ras Medellín y otros cabecillas procedentes de Jalisco y Mi-choacán.

Don Benito Juárez hubiera querido despedir á Adrián dándole alguna buena recompensa por el gran servicio que había prestado á la causa de la República, salvando por dos veces en una noche el personal del gobierno; pero se encontraba en la inopia, y el joven nada habría querido aceptar de dinero, una vez que se conocía á la legua que no le llevaba ningún interés mezquino más que el patriotismo por una parte, y por la otra sus simpatías hacia la bandera constitucionalista. Don Benito, pues, no le dió más que

una carta muy afectuosa que le había de servir en cual-quier tiempo y ante cualquier personal administrativo de la Capital, como de seguro pasaporte y muy amplia reco-mendación.

Adrián casi imprimió los labios en aquella carta que consideraba había de ser en lo futuro su mejor talismán, y recibiendo apretones de manos y muchas expresiones de gratitud, de cariño y de aliento de parte de los ministros, montó á caballo y se volvió para sus terrenos, seguido de un puñado de hombres que comenzaron ya á tratarlo y á verlo como persona de importancia.

Los Supremos Poderes tomaron poco descanso y continuaron su viaje para la ciudad de Colima á donde pensaban establecer el gobierno ambulante de la Repúbli-ca, mientras pudiera conservarse la plaza contra los terri-bles embates de los Macabeos, escoltados aquellos por algu-nos centenares de hombres armados bajo el mando del ge-neral don Santos Degollado.

Es del caso referir aquí que, aunque don Benito Juá-rez y sus ministros habían visto á Parrodi muy desmora-lizado, como éste había quedado indeciso sobre la conduc-ta que había de observar, máxime cuando había sido nom-brado ministro de la guerra, todavía abrigaban esperan-zas ó de que se resolviera á hacer una resistencia tenaz en Guadalajara, siquiera para entretener algunas semanas al ejército de Osollos para que entre tanto tomara cuerpo la revolución en otros Estados, ó de que se retirara para el Sur con sus mil y tantos hombres, que siempre hubiera sido un buen pié veterano para organizar un regular ejérci-to; pero ya hemos dicho que Parrodi no era un militar de aventuras. y que había dado por terminada su misión sin que lo hubiera alhagado la cartera de guerra, la cual con-

sideraba como un estorbo, no viendo en torno suyo tropas suficientes organizadas sobre las que pudiera ejercer una acción provechosa, decidiéndose por tanto á la sumisión al gobierno de Tacubaya bajo condiciones que estimaba honrosas para un general capitulado. Así es que la tal capitulación no dejó de ser un golpe magno para el gobierno constitucional que ya no tuvo por asilo seguro la ciudad de Colima á donde había llegado felizmente, no habiendo quedado atrás una fuerza competente para que defendiera los pasos abruptos de las barrancas de Atenuique, la Cañada y Beltrán.

Entonces el gobierno calculó que de todas maneras iba á quedar allí muy arrinconado, con difícil comunicación para entenderse con los pocos Estados que permanecían leales, y como había recibido seguridades de que Veracruz se sostendría hasta el último extremo y noticias de que por aquellos rumbos habían conseguido algunas ventajas apreciables las armas constitucionalistas, resolvió embarcarse en el puerto de Manzanillo, para ir á burcar, cuando se pudiera, un refugio en las costas veracruzanas, desde donde extender su influencia en una zona más amplia y más importante.

Se convino entonces en nombrar ministro de la guerra y general en jefe del ejército que se organizara en los Estados del interior, con amplísimas facultades, al general don Santos Degollado, de quien no se podía esperar ni una defección ni una debilidad, pues que demasiadas pruebas había dado de que era tenaz, valiente, organizador y patriota.

Degollado contestó á aquella muestra de confianza diciendo:

—Estimo esto más que si estuviéramos en la Capital

al frente de todos los elementos posibles, porque se me considera apto para luchar con la adversidad. No tengo ni un peso, ni un soldado de los que se llaman veteranos, ni algo que me pueda ser útil por el momento para emprender y dirigir una campaña cualquiera; pero el nombramiento que llevo en mi poder para el Interior me dará prestigio, y con él espero poderme rodear de muchos y buenos patriotas que, aunque no sean militares, sepan luchar por la buena causa. El gobierno puede ir seguro de que no me faltarán ni la lealtad ni la resolución para representarlo por acá dignamente. Solamente que muera en un encuentro, no lograré llegar con un ejército á la Capital de la República antes de nueve meses.

Don Benito Juárez permaneció muy serio, y los ministros se sonrieron con estas palabras de don Santos, considerándolas como una fanfarronada; pero de todas maneras le dirigieron flores llenas de cariño y se despidieron, no sin que les palpitara el corazón lleno de angustia, pensando en su interior que quizás no volverían á verse nunca, cuando tantos obstáculos había que vencer para alcanzar una victoria destinada sin duda para otras generaciones menos infortunadas, pues la fé en el porvenir ninguno la perdía, aunque se vieron como estaban en la más desesperada de las situaciones.

Don Santos Degollado regresó á dar organización á las pocas fuerzas que había esparcidas en los pueblos del Sur de Jalisco, viviendo con trabajos á expensas de la gente pacífica, y los Supremos Poderes continuaron su larga peregrinación embarcándose en el Manzanillo para ir á San Francisco de California, primero, después á Panamá y por fin al Golfo de México, para desembarcar cuando se pudiera en Veracruz ó en el lugar de la costa que les ofre-

ciera alguna confianza, para continuar la lucha por el triunfo de la legalidad constitucional.

Después veremos cómo Juárez y sus ministros llegaron sanos y salvos á Veracruz, y hablaremos de la recepción no sólo cordial sino entusiasta que se les hizo, con todo lo cual pensaron que tal vez habían logrado llegar después de tantas fatigas á seguro puerto.

Ahora tenemos que volver al Sur de Jalisco, en donde también el nombramiento de don Santos Degollado había sido del mejor efecto, tanto como lo había sido de muy malo el de Parrodi.

Ogazón, Rocha, Contreras Medellín, Díaz, Gruz Aedo, todos los que se habían reunido en Sayula, dijeron á una voz:

—Ahora sí se están depurando nuestras filas.

No querían que militaran en ellas ni los que habían pertenecido al ejército permanente de Santa-Anna, ni los que habían contemporizado con Comonfort, ni los que se habían inspirado en los principios indecisos de Doblado, ni los que de cualquiera manera habían tenido puntos de contacto con el moderantismo ó con la reacción. Todos aquellos patriotas decían:

—Defendemos la causa del pueblo, así es que del pueblo deben surgir los defensores de la Constitución: con el pueblo mexicano nos sobra para triunfar de los clericales, de los facciosos, de los reaccionarios, de los moderados, y sobre todo, del militarismo, que ha sido el que ha impuesto los yugos más odiosos á la República.

Desde la derrota de Salamanca en que habían defecionado al frente del enemigo los tibios y los moderados, los generales permanentes y los que con ellos simpatiza-

ban, comenzaron los liberales á ver con ojeriza á todos ellos y á propagar la doctrina de desmilitarizar á la República.

—Se van los militares de profesión á las filas contrarias! decían los tímidos.

—Pues que se vayan, contestaban don Santos Degollado y los suyos, nosotros no los necesitamos. Quien queremos que esté con nosotros es el pueblo. Del pueblo tienen que salir los héroes que sepan defender la libertad.

¡Y de las filas del pueblo salió toda aquella cohorte de valientes que tantas veces hicieron morder el polvo á los brillantes Macabeos!

Nuestro joven Adrián había regresado, según dijimos, de Sayula á los alrededores de Santa Ana Acatlán, ya fuera con la esperanza de ver á Refugio ó para tener noticias de ella y servirla en algún caso imprevisto, de protector; pero con la idea también de engrosar sus filas con algunos jóvenes de la localidad que lo conocían y que simpatizaran con la causa que estaba defendiendo.

Nada sabía de lo que hubiera pasado en el pueblo después de su salida, así fué que su primer cuidado al acercarse, fué mandar á uno de sus muchachos de confianza, que siendo lo suficientemente despierto no inspirara sospechas, ó á lo menos muchas sospechas, siendo como es tan difícil que en una población pequeña no se sepa todo y que no se conozcan los secretos de todo el mundo, de todo el pequeño mundo, se entiende, en que están habituados á vivir.

El enviado de Adrián se llamaba Nicolás Ramírez: no le dió papel ninguno porque no fueran á registrarlo y se lo hallaran; pero sí le dijo:

—Además de lo que te he dicho, Nicolás, te hago los siguientes encargos: vas por la casa donde vive Refugio y procuras verla y hablarla, diciéndola que estoy con salud, y que lo mismo le deseo á ella, así como que haya vuelto ya la serenidad á su alma después de los pasados sucesos. Ella te dirá lo que me has de decir á mí después que la hayas dicho de mi parte que mucho la recuerdo, y que mucho deseo que ella y todos los suyos estén sin novedad. Te informas de lo que haya hecho Pedro Ordóñez, de si saben por dónde anda si es que no está en el pueblo, y de todo lo demás que tenga relación con su persona y con su familia. Te informas también con mucho cuidado de lo que pasó con el señor Iniestra, pues como nosotros nos hemos venido por travesías y no hemos encontrado á nadie que nos dé noticias, ignoramos cuál fué su paradero, lo mismo que el rumbo que tomaron las tropas del gobierno que iba mandando el coronel. Después llegarás á la tienda, darás recuerdos míos á mi tío y á los dependientes, y les dirás que me manden contigo lo que gusten si no están enojados, y entre otras cosas, alguna ropa blanca, cualquier libro para leer en los ratos perdidos, y lo demás que se les antoje y tengan por conveniente, ofreciéndoles que allí estaré luego que se acaben mis compromisos.

Nicolás dejó el caballo para entrar al pueblo por entre los cañaverales y llamar menos la atención, y antes que todo entró en su casa que era un jacalón en medio de un pequeño solar situado en los suburbios, y allí le dieron los primeros informes. Todos los del pueblo sabían quiénes habían tomado partido por Pedro y quiénes por Adrián, estando la mayor parte en favor del primero, porque defendía la santa religión, y no por el segundo que defendía á un indio sin creencias y bueno para nada, una

vez que no llevaba ni espada ni pistola, ni metía siquiera las manos cuando lo atacaban, de modo que no siendo general ni sabiendo pelear, era cuento perdido eso de ponerse á su favor.

—Bueno, bueno, les dijo Nicolás, ¿y Pedro, en dónde se encuentra?

—Pedro se encuentra, según dicen, en Guadalajara, á donde se fué con el coronel Landa que estuvo allí afuera.

—¿De modo que Landa no estuvo aquí algunos días?

—No llegó á entrar siquiera, y cuando lo buscó por la mañana el señor Iniestra, ya había desaparecido, porque dizque tuvo noticia por Pedro de que una fuerza muy grande estaba ya con el señor Juárez.

—Pero esa fuerza muy grande fuimos nosotros, ¡cuatro gatos!

—Otra ha de haber sido la que vió Pedro, que dizque le mataron á tres que se enterraron al día siguiente, saliendo todos los demás heridos, pues hasta el mismo Pedro sacó un rosón en una oreja.

—¿Y no se quedó aquí curándose al día siguiente?

—Al día siguiente nadie lo vió. Por la noche fué cuando lo curaron en la botica, y eso muy de carrera, para que no fueran á cogerlo los soldados que andaban rondando en el pueblo, el caso fué que por la mañana ya sólo se recogieron los muertos y algunas armas que había tiradas, y el señor Iniestra cogió por un lado y el señor Landa cogió por otro, y ya nadie volvió á verlos.

Nicolás tomó los demás informes que consideró convenientes, y al oscurecer se dirigió á la casa de Refugio, á la cual encontró en la puerta casualmente por haber aca-

bado de salir acompañando al cura, quien había estado allí á confesar á doña Juanita que había caído enferma con los sustos que había recibido. De pronto Refugio se sorprendió; pero á las primeras palabras que le dijo el muchacho, se puso al corriente del asunto, manifestándose tan regocijada que en vano lo quiso disimular.

—Y Adrián, ¿está bueno?

—Está bueno, contestó Nicolás.

—¿No corre ningún peligro?

—Ninguno. Está á dos leguas de aquí en un rancho de un amigo.

—¿Y por qué no se viene?

—Porque dice que está muy comprometido.

—Pero ya acabó todo, ya puede venirse.

—Vendrá mañana quizás, cuando yo le diga que no hay ninguna fuerza; pero él no quiere venir sino cuando tenga veinticinco hombres.

—¡Virgen María! ¿Pues acaso ya se hizo militar?

—Sí, señorita: tiene un nombramiento de comandante que le dió el señor Juárez.

—Pues me harás el favor de decirle que se quite de esas locuras y que se venga á la tienda á trabajar como siempre.

—Es imposible que se venga ya de pacífico mientras dure la revolución.

—Dime todo lo que te haya dicho que me dijeras.

Nicolás se lo dijo todo, y algo más, porque era verboso, y temiendo ella que fueran á encontrarla allí hablando con un hombre, ofreció dar á Nicolás la respuesta por escrito antes de las ocho de la noche.

Mientras que Refugio escribía, Nicolás se fué á la tienda del tío de Adrián, y allí produjo la misma sensación.

Nadie aprobaba que el joven dependiente se hubiera metido á guerrillero, porque guerrillero quería decir tanto como ladrón, según el lenguaje de la época, y ninguno quería que un muchacho tan bueno como Adrián, se hiciera bandido, y mucho menos aún, capitán de bandidos. Pero en vista de que Nicolás manifestó la resolución que aquel había tomado de no entrar en el pueblo sino cuando tuviera una fuerza regular bien organizada, que sirviera para dar garantías y no para asustar á nadie, le dieron la ropa y cuanto pedía, agregando el tío un regalo particular para su sobrino, que consistía en una botella de cognac para cuando tuviera sed, y una bolsa con cincuenta pesos para cuando el gobierno no le diera recursos, que esto había de ser desde el lunes hasta el domingo todas las semanas.

Una vez que Nicolás hubo recogido la carta de Refugio y una cajita pequeña de cartón que ella agregó como un recuerdo para Adrián, el emisario salió del pueblo, á pié, y fué á recoger su caballo que le había traído un compañero á un punto inmediato de antemano convenido.

Adrián aguardaba impaciente á Nicolás, recogió todo lo que se le enviaba y después de dar algunas órdenes para el alojamiento de su tropa que ya se componía de quince hombres, montados y armados á su costa, entró al cuarto que se le había destinado por habitación en el rancho, y á luz de la vela leyó la carta de Refugio que decía así:

• Te escribo apresuradamente estas líneas, mi amado Adrián, para decirte en primer lugar que ni tu tío, ni el señor cura, ni mi familia, ni nadie, aprueban lo que has hecho, y sólo yo que sé que tengo la culpa de todo, me

resigno y sufro las consecuencias. Yo bien sé que aquí ya no has de poder vivir, porque es seguro que Pedro, que es muy malo, ha de volver con soldados, y seguramente si te encontrara te mataría, porque dicen que lo ha jurado, y así no sé qué aconsejarte, porque tanto temo al vengativo Pedro como que tú andes expuesto en los peligros de la guerra, sin necesidad. Tú eres juicioso y bueno, y sabrás lo que has de hacer, seguro de que yo siempre te he de querer, siempre te he de ser fiel y siempre te he de encomendar á Dios en mis oraciones. Mi mamá se enfermó con tantos sustos como hemos tenido y hoy se dispuso, aunque el médico dice que tiene muchas esperanzas de que se restablezca. Mi padre te ha cobrado más aborrecimiento con los chismes de Pedro, y dice que jamás consentirá en que yo sea tu mujer. Como me quiere mucho tengo esperanzas de convencerlo con el tiempo. Cuidate mucho, y luego que puedas no dejes de venir á verme.—Tu Refugio que te ama y que te jura serte fiel hasta la muerte.»

Adrián leyó diez veces esta carta. Después abrió la cajita de cartón y se encontró allí un cordón de seda con una medalla de plata en que se encontraba la estampa de la virgen. La cubrió de besos, se la colgó en el cuello y dijo conmovido:

—Este ha de ser mi talismán.

Llamó luego á Nicolás que estaba de pie afuera esperando órdenes, el cual entró y le estuvo dando todos los informes que había recogido en el pueblo y que ya conocemos.

Cuando iban á separarse, Nicolás agregó:

—Mañana se han de venir con nosotros unos cuatro ó cinco muchachos más, que se quedaron consiguiendo armas y caballos.

—Bueno, bueno, exclamó Adrián casi delirante de gozo, cuando completemos veinticinco nos acercaremos á Guadalajara y haremos temblar al mundo.

Inútil es agregar que tuvo aquella noche los ensueños más deliciosos.

